

NO DEBEMOS SEGUIR SIENDO IGUALES

Fernando Kuhn cmf.

Hace algunas noches escuchando uno de tantos audios que en estos días pululan acerca del cuidado y de las precauciones a tomar, en torno a los recaudos por el COVID-19, escuché una interesante reflexión bíblica que a modo libre, es decir, sin respetar autorías ni citas, decido hacerla propia y la desarrollo para esta ocasión.

Los invito a leer con detención los textos de Hechos que aquí transcribo:

Hechos 8

1 Saulo aprobó la muerte de Esteban. Ese mismo día, se desencadenó una violenta persecución contra la Iglesia de Jerusalén. Todos, excepto los Apóstoles, se dispersaron por las regiones de Judea y Samaría. 2 Unos hombres piadosos enterraron a Esteban y lo lloraron con gran pesar. 3 Saulo, por su parte, perseguía a la Iglesia; iba de casa en casa y arrastraba a hombres y mujeres, llevándolos a la cárcel. 4 Los que se habían dispersado iban por todas partes anunciando la Palabra. 5 Felipe descendió a una ciudad de Samaría y allí predicaba a Cristo.

Hechos 11

19 Mientras tanto, los que se habían dispersado durante la persecución que se desató a causa de Esteban, llegaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, y anunciaban la Palabra únicamente a los judíos. 20 Sin embargo, había entre ellos algunos hombres originarios de Chipre y de Cirene que, al llegar a Antioquía, también anunciaron a los paganos la Buena Noticia del Señor Jesús. 21 La mano del Señor los acompañaba y muchos creyeron y se convirtieron.

La Iglesia de Jerusalén que crecía y tenía un solo corazón y una sola alma (Hch 2, 42-47; 4, 32-35) estaba muy bien instalada y pese a las primeras persecuciones y dificultades, se mantenía en la conocida Jerusalén. Fue necesaria esta segunda persecución ya más cruenta y que se cobró víctimas comenzando por Esteban (Hch 7, 54 ss.) para que tuvieran que dispersarse y huir. A raíz de este proceso de desinstalación, se sintieron impulsados, no a esconderse, sino que los llevó a anunciar el Evangelio en otras latitudes. Así, la Iglesia se extendió al punto de profundizar y enriquecer su identidad porque fue *“en Antioquía, donde por primera vez los discípulos recibieron el nombre de «cristianos» (Hch 11, 26).* La cruel persecución generó un movimiento nuevo pero que al ser vivido provocó un crecimiento.

Si lo trasladamos al momento actual y cambiamos las palabras, hoy no se trata a nivel global de una persecución, si bien ésta existe en diversas latitudes, sino de un fenómeno más universal, una pandemia de alcance global nunca visto. Todas las formas institucionales y por ende, nuestra Iglesia en todas sus expresiones de comunitariedad y socialización, se vieron impelidas al confinamiento.

Pero, es desde el encierro, el aislamiento y la clausura donde han proliferado innumerables nuevas formas de transmitir el mensaje de la Buena Noticia de Jesús, desde la transmisión de celebraciones, hasta la generación de múltiples insumos de diversa índole y valor para vehicular mensajes de sentido, de hospitalidad, de solidaridad, de bienaventuranza y de sabiduría¹.

Esta nueva situación nos generó nuevas formas de presencia, de testimonio y de anuncio. El gran desafío es no vivirlas:

- ni desde el “mientras tanto” como si fuera un mero momento de transición y hacemos todas estas cosas añorando volver a lo que “siempre hacíamos” y por tanto, todo ahora es provisorio y acomodaticio;
- Ni desde el rupturismo desconocedor del pasado que canoniza sin más lo virtual como lo único.

El gran desafío es consolidar esta experiencia como un gran aprendizaje y que, cuando se dé la “vuelta a lo cotidiano”, a nuestra “querida Jerusalén conocida”, no sea como antes sin más, sino habiendo aprendido un nuevo modo de vivir y de evangelizar que nos haya hecho descubrir las “Samarías y las Antioquías” de donde ya no regresaremos; más bien las integraremos de la manera creativa que el Espíritu nos siga mostrando.

===

¹ Cfr. GARCÍA PAREDES, José Cristo Rey, *Cómplices del Espíritu*, Buenos Aires: Claretiana, 2014, cap. 11.